

Debían salir de la isla otros tantos individuos disolutos y ociosos.

Esta excelente medida fué aconsejada por Colón.

También iban ganados y aves, artillería, armas y municiones de todas clases; todo, en fin, cuanto se requería para el servicio de la isla.

De esta manera, Ovando, favorito del rey y súbdito natural suyo de distinguida categoría, tomó el gobierno que se arrebató á Colón.

La flota salió el 13 de Febrero de 1502.

Al comenzar el viaje sufrió una terrible tormenta, en que se sumergió un bajel con ciento veinte pasajeros; los otros se vieron obligados á arrojar al mar cuanto llevaban sobre cubierta.

Se vieron por las costas españolas esparcidos los efectos de la escuadra, y se extendió el rumor de que todos los buques se habían perdido.

Cuando tuvieron conocimiento de estas noticias los soberanos, se apesadumbraron tanto, que durante ocho días no quisieron recibir á nadie.

El rumor fué infundado.

Sólo se había perdido un buque.

Los otros se reunieron en la isla de la Gomera, y continuando su viaje, llegaron el 15 de Abril á la isla de Santo Domingo.

## Capítulo XII.

### Un proyecto generoso.

El almirante, á pesar de estar convencido de que no debía ir á la isla á reemplazar á Bobadilla, veía con pena los grandes preparativos que se hacían para la partida de Ovando.

Sólo mitigaba algún tanto su pena el amor de sus hijos, la felicidad que sonreía á Isabel, la veneración y el respeto con que le trataba Villejo.

Pensaba que aquella felicidad que había en torno suyo era un premio que daba Dios á sus buenos sentimientos, y para tranquilizarse más y más y hallar consuelo á los pesares que sufría, buscaba los amantes brazos de la religión, y en ellos reposaba su ardorosa frente, para que de aquel dulce sueño brotasen en su espíritu nuevas ilusiones.

Ocho meses hacía ya que estaba en Granada, y en

este tiempo había entablado cariñosas relaciones con el padre Gorricio, fraile muy ilustrado y muy piadoso, gran admirador de Colón y verdadero amigo suyo apenas comprendió las nobles prendas de que estaba adornado.

Dos grandes ideas, que habían llegado á ser sentimientos, habían constituido, por decirlo así, la vida de Cristóbal Colón: el descubrimiento del Nuevo Mundo y el rescate del Santo Sepulcro.

Mis lectores recuerdan que esta segunda idea nació en su alma durante el sitio de Granada, cuando se presentaron á pedir el auxilio de los reyes los frailes que llegaron de Jerusalén, y en cuya compañía partió Martín Carrasco.

Desde entonces, á su deseo de arrancar sus secretos al Océano, de hallar en las desconocidas tierras que presumía y adivinaba ricos tesoros, se unía en él el de emplear aquellas riquezas que adquiriese en formar y sostener una gran cruzada, que al mando suyo se dirigiese á Jerusalén y arrebatase de las manos de los infieles aquellas preciosas reliquias, que eran la verdadera ejecutoria de la humanidad cristiana.

Hizo voto Colón de realizar este designio; pero como sus triunfos no habían sido tan fáciles, como se había empeñado en luchas tan difíciles y tan dolorosas, como apenas le había bastado el tiempo para destruir los lazos que la envidia y la mala fé le habían tendido á cada instante, había tenido que renunciar á sus generosos propósitos, aplazándolos para cuando estuvieran satisfechas sus aspiraciones.

—¡Ah!—exclamaba á veces.—Si yo pudiera coronar mi obra conquistando la Tierra Santa. ¡Qué mayor ventura para mí! ¡Qué mayor gloria para mis hijos!...

Animóle el padre Gorricio en esta empresa, que era en extremo grata, y le ofreció contribuir por su parte, empleando toda su influencia en la realización de sus designios.

Resuelto á emplear el tiempo que tardasen los reyes en devolverle su antiguo empleo en llevar á cabo tan piadosa y noble empresa, se entregó á un profundo estudio.

En los libros de los Santos Padres, en las Sagradas Escrituras, en las conversaciones con los mejores teólogos de Granada, buscó revelaciones que pudiesen aparecer como base del descubrimiento del Nuevo Mundo, de la conversión de los idólatras y del rescate del Santo Sepulcro.

Con ayuda del padre Gorricio reunió todos los datos que pudo adquirir con este fin, formó un libro, que no era más que una recopilación de los argumentos favorables á sus designios, y presentó á los reyes aquel trabajo, acompañado de una carta, en la que les pedía licencia para fundar una cruzada que arrebatase de las manos de los gentiles la posesión de los Santos Lugares.

Con verdadera fé manifestaba en aquella súplica hallarse convencido de que el cielo le había escogido para llevar á cabo aquella obra, del mismo modo que le había impulsado á descubrir el Nuevo Mundo.

—Animado por este sentimiento,—añadía,—vine á vuestras majestades; todos los que oyeron mi proyecto se mofaron de él. Todas las ciencias que sabia no me aprovecharon de nada. Siete años pasé en vuestra corte disputando el caso con personas de mucha autoridad y doctas en las artes y en las ciencias, y al fin decidieron que todo era vano.

»Solo en vuestras majestades hallé fé y constancia.

»¿Quién dudará en calificar de divina aquella luz de las Santas Escrituras que iluminó á vuestras majestades y á mí con rayos de maravilloso lustre?»

Colon atribuía á inspiracion divina sus proyectos, y pensaba que el descubrimiento de las Indias habia sido un medio, una proporcion para la grande empresa de la conquista del Santo Sepulcro, que era su verdadera mision (A).

La reina llamó á Colon y le oyó largamente.

Todas las ideas del ilustre marino hallaban eco en el corazon de aquella generosa mujer.

Pero la empresa que queria acometer el almirante era superior, muy superior á los recursos con que contaba por entonces la corte de España.

Las Indias no habian dado aún lo bastante para indemnizar lo que habia costado su descubrimiento.

—Vuestra idea es sublime,—dijo la reina al almirante;—pero, aunque á pesar mio, es necesario aplazar su realizacion. Vos acometereis esa empresa, si Dios quiere; pero antes es preciso que, insistiendo en vuestro propósito, consigais que las Indias nos faciliten los medios de complaceros.

—¿Y he de permanecer ocioso todo este tiempo?

—No; muy en breve tendreis á vuestra disposicion algunas embarcaciones para intentar un nuevo viaje de exploracion. Entre tanto, don Nicolás de Ovando hará caer el rigor de la ley sobre los culpables; la isla se pacificará, y volvereis á ella para que se cumpla la palabra que os hemos dado.

—Viejo soy ya,—dijo Colon,—y es fácil que no lleguen mis ideas adonde deseo.

—Dios lee en el alma,—exclamó la reina.

—¿Cúmplase su voluntad!—dijo con resignacion el almirante.

Y aunque no renunció á su grandiosa idea, creyó que en efecto era más oportuno por entonces volver al Golfo de Paria, buscar la Tierra Firme, extender por allí las conquistas de la corona de Castilla, regresar á la colonia y conducirla á la prosperidad, y si sus dolencias y sus años se lo permitian, y el éxito de su empresa le facilitaba los medios, ilustrar el último periodo de su vida con la conquista de los Santos Lugares.

### Capítulo XIII.

#### El cuarto viaje.

Los recientes viajes que había hecho Vasco de Gama doblando el cabo de Buena Esperanza, y Pedro Alvarez Cabral volviendo al Occidente con sus embarcaciones cargadas de preciosas mercancías, unido á los comentarios que se hacían en todas partes acerca de los diamantes y piedras finas que se hallaban en las minas del Indostan, del oro, de las perlas, de la plata, del ámbar, del marfil y la porcelana, de las sedas, maderas, gomas, especias y esencias de la China, inspiraba al almirante grandes deseos de ir más allá que los más célebres viajeros portugueses, á coronar su obra con el descubrimiento de países que en mayor abundancia ofrecieran estas preciosidades.

Sus propias observaciones que hizo en el golfo de Paria, las noticias que tuvo por otros navegantes, y especialmente por Rodrigo Bastidas, que había avanzado más que él por el mismo camino, le hicieron pensar que la costa de Tierra Firme se extendía hacia el Oriente.

Creía además que se dilataba por el mismo lado la del Sur de Cuba, que había considerado en todo tiempo como parte del continente asiático.

Estos datos le impulsaban á creer que entre aquellas dos costas había un estrecho que abría paso al mar Indico.

Habló á los reyes, les comunicó sus creencias, y les pintó con vivos colores el éxito que se prometía.

Deslumbrados los reyes por aquella promesa, y hasta el mismo Fernando, que si no profesaba un gran afecto á Colón, tenía el mejor concepto de su pericia y su buena fé, se dispuso á ayudarle.

Fonseca y sus parciales trataron de disuadir á los soberanos.

—No sería justo,—contestó la reina,—negar á Colón, á quien tanto debemos, unos cuantos bajeles, después de haber ofrecido á Ovando una escuadra tan magnífica como la que ha llevado á las colonias.

A este sentimiento de justicia en la reina se unía en el rey el deseo de hallar un camino directo á los países que los portugueses empezaban á explotar con tan buenos resultados.

En aquella ocasión triunfó el prestigio del almirante, y los reyes autorizaron á Colón para armar

una escuadra con el objeto de descubrir el estrecho que debía conducir directa y rápidamente á los españoles hasta las espléndidas ciudades del Oriente.

Animado por esta concesion, se dispuso á partir para Sevilla con el objeto de apresurar los preparativos del viaje.

Antes consagró algun tiempo á arreglar sus papeles.

La mayor parte de ellos los confió al padre Gorrício.

Despues escribió una larga carta al papa Alejandro VII, manifestándole que habia decidido ir á Roma para darle detallada cuenta de sus viajes y de sus proyectos, y los motivos que le habian impulsado á llevar á cabo aquella determinacion.

Confiábale tambien que el móvil que le habia impulsado á acometer aquellas empresas, era destinar las riquezas que en ellas adquiriese al rescate del Santo Sepulcro.

Le anunciaba su próximo viaje, y le prometia á su vuelta ir á Roma para referirle los pormenores de la expedicion.

Llegó el momento para Colon de separarse de sus hijos, y Fernando, que no queria estar presente cuando se celebraran las bodas de Isabel con Villejo, rogó á su padre que le permitiese acompañarle.

Bartolomé queria tambien compartir con él los azares de la nueva expedicion.

Antes de despedirse de los reyes les suplicó, y ob-

tuvo el permiso competente, para que le acompañaran su hijo y su hermano.

Diego continuó al servicio de la reina para velar por su padre y destruir las maquinaciones de sus enemigos.

Colon queria detenerse en la Española, y manifestó sus deseos á los reyes.

Instigados estos por Fonseca se lo prohibieron, concediéndole únicamente permiso para que al regresar de su viaje se detuviere en la isla el tiempo suficiente para tomar provisiones.

Emplearon al servicio del almirante tres personas instruidas en la lengua árabe, para que le sirviesen de intérpretes cerca del Gran Kan, y además confirmaron todos los privilegios que le habian otorgado antes, asegurándole solemnemente que sus capitulaciones se cumplirian y que disfrutaria de todas las dignidades que le habian concedido, pudiendo transmitir las á sus hijos por herencia.

Colon autorizó á su hijo Diego para que le representase en España, y partió á Sevilla.

En aquella ciudad hizo los preparativos, y empleó el tiempo en asegurar el porvenir de su familia.

Cuentan sus historiadores que mandó sacar dobles copias de todas las cartas, concesiones y privilegios de los soberanos, nombrándole almirante, virey y gobernador de las Indias, como asimismo de los demás documentos que justificaban su conducta; y todos ellos convenientemente autorizados, los envió á Génova, su patria, como asimismo una carta al

Banco de San Jorge de la misma ciudad, destinando la décima parte de sus rentas para que la empleasen en disminuir los derechos del trigo y otros cereales (B).

A pesar de los esfuerzos que hacia Fonseca para dificultar su marcha, pudo reunir á principios del año 1502 cuatro carabelas de setenta toneladas la mayor y de cincuenta las más pequeñas.

El número de tripulantes que habia en todas ascendia á ciento cincuenta hombres, entre los que iban algunos protegidos de Fonseca, elementos que debian amargar los últimos dias de la vida de aquel gran hombre.

Al emprender aquel nuevo viaje tenia el almirante sesenta y seis años.

No faltaba á su alma vigor, ardimiento.

Su energia no habia decaido.

Todas sus facultades intelectuales se hallaban en el apogeo.

Pero su cuerpo, debilitado por las enfermedades, por los padecimientos, no podia ofrecer tranquilizadoras esperanzas á los que le querian.

Sin embargo, Colon tenia á su lado á Bartolomé, que podia ser su brazo derecho, y á su hijo, que con su cariño podia ofrecerle dulces consuelos en aquella nueva peregrinacion.

El dia 9 de Mayo salió Colon de Cádiz con su escuadra, despues de despedirse de Inés, de Isabel, de Villejo y su hijo Diego, que fueron hasta allí para poder abrazarle.

La boda de los dos jóvenes debia celebrarse en cuanto regresaran á Granada.

La escuadra se dirigió á las costas de Marruecos y ancló en Ercilla el dia 13.

Despues de detenerse para visitar al jefe de la guarnicion portuguesa, llegó á la Gran Canaria el 20, y tomando provisiones de agua y leña, salió con viento favorable para el Nuevo Mundo el dia 25, y el dia 15 de Junio llegó á una de las islas caribes.

Detúvose en ella tres dias, pasando al Occidente; despues tocó en la Dominica, llegó por el Oriente de las Antillas hasta Santa Cruz, y por el Sur de Puerto-Rico se encaminó á Santo Domingo.

No tenia permiso para seguir aquel rumbo, ni su primitivo plan habia sido seguirle, puesto que deseaba tocar en la Jamáica, explorar las costas del continente y buscar el estrecho.

Pero la mejor de sus carabelas navegaba muy mal, y decidió cambiarla por alguna de las que habian servido á Ovando, ó comprar otro buque en Santo Domingo.

Antes de hallarle en este punto, necesito referir á mis lectores algunos de los sucesos que ocurrieron en España á la salida de Colon, y los que habian tenido lugar en la isla desde la llegada de Ovando.